

En el último capítulo estudia a los maestros, a las mujeres, a las parteras y al ejército, y la enseñanza religiosa y moral.

En fin, dedica cinco páginas a unas Consideraciones finales, en las que evalúa el panorama educativo de esa época.

Moisés González Navarro
El Colegio de México

CARLOS LIRA VÁSQUEZ, *Una ciudad ilustrada y liberal. Jerez en el Porfiriato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad de Zacatecas, Ficticia, 2004, 296 pp. ISBN 968-5382-32-8

Carlos Lira es hombre de talento y muchos recursos: dibujante, arquitecto, historiador del arte y simplemente historiador. Por lo tanto, no es extraño que su libro tenga tantas cualidades. Es elegante, de formato alargado, “a la italiana”, y las innumerables láminas de fachadas y otros elementos arquitectónicos —de gran valor demostrativo y descriptivo— quedan perfectamente enmarcadas. Es intrigante, hasta desconcertante, como un objeto que no pertenece a ningún género definido: empieza como un libro de historia —casi— tradicional: algo así como “ciudad y campo”, o “victoria del liberalismo sobre las fuerzas de la tradición”, y acaba con una taxonomía exhaustiva del decorado ecléctico de finales del siglo XIX. Es necesario pasar por esta complejidad cuando uno quiere ahondar en las realidades, cuando uno logra dominar disciplinas sumamente diversas dentro de la historia, del arte y de la arquitectura.

Sobre todo, el libro es plenamente satisfactorio para el lector. Las descripciones de los edificios, de simples vanos o de humildes tumbas, están redactadas con un vocabulario de extremada riqueza.

za y una precisión dignos de admiración: hasta el neófito puede entenderlas (sin embargo, un glosario hubiese resultado de gran utilidad). Queda por decir lo esencial: la obra parte de conceptos fuertes, algunas veces originales. La producción arquitectónica es una de las expresiones de las tensiones y necesidades nacidas en el seno de la sociedad. Hay que dar toda su importancia a la arquitectura mexicana del siglo XIX, y sobre todo del porfiriato. Ésta no fue —salvo excepciones— obra de las élites, y menos aún quedó encerrada en modelos extranjeros —franceses—. Y esto nos conduce al meollo de la obra: ¿dónde encontrar el terreno que permita demostrar todos estos puntos novedosos?

Aquí Jerez demuestra todo su interés. Seamos precisos, Jerez encaja perfectamente en la demostración, y hasta permite —tal vez— ir más lejos de lo que el autor pensó en un principio, en cuanto a liberalismo, “democratización” de la arquitectura de fines de siglo. ¿Hasta demasiado perfecto como ejemplo? Quizás, y adelantemos aquí lo que será la crítica fundamental a esta obra: hasta que se hagan más estudios de este tipo ¿cuál es el valor ejemplar de Jerez?

De pronto, Jerez, y sólo Jerez, y vamos a seguir al autor en su demostración. ¿Qué era Jerez por 1890? Una comunidad sobre el filo de la navaja, emergente de una larga somnolencia —falta de minas de plata—, en medio de un amplio y fértil lecho: un valle que atraviesan tres ríos. La tradición es rural y ensimismada: hasta la Iglesia descuidó Jerez. En 1910, de los seis edificios religiosos uno solo es colonial (la Parroquia), dos quedan por acabar. Su población —unos 10 000 habitantes— es más bien modesta, aunque es la segunda del estado de Zacatecas. En cuanto a su grado de desarrollo, basta decir que sólo cuenta con catorce profesionales (sobre todo abogados), que no hay biblioteca pública, y que la tasa de analfabetismo del partido es abrumadora (cerca de 86%, superior incluso a la media del estado). Detalle característico: parte del teatro Hinojosa está ocupada por la admi-

nistración municipal, y suele servir de palenque para gallos; no es esto precisamente anunciador de un contexto culto. Pero precisamente, significa que hay una administración pujante, y destaca la existencia en sí de un teatro moderno (arquitectura “romántica mexicana” y columnas interiores metálicas).

Efectivamente, la modernidad irrumpe en pleno, en la segunda mitad del siglo XIX, en un universo entre tradicional (rural) y preservado (de la fuerte influencia clerical): la mano de los sucesivos jefes políticos, miembros de la élite local, introduce el telégrafo y el teléfono, el embanquetado, el empedrado, mejora el alumbrado público. El esfuerzo se orienta, en particular, hacia una mejor educación y recreación. Es notable que los dos más importantes edificios porfirianos de Jerez son las dos escuelas, sobre todo la de niñas. Es un imponente edificio neogótico —con fuerte influencia neoclásica— de dos pisos, de 30 m de largo, 16 de ancho y con una altura de 13 m. Su fachada principal se alza frente a la del Santuario, como contrapunto. ¿En realidad qué importaba más? ¿El proyecto y su emblemática? ¿O el instrumento social capaz de transformar una realidad? Ya hemos comentado la tasa de analfabetismo, podemos añadir que en 1888-1889, el alumnado de Jerez contaba con 399 alumnos en primer grado y sólo diez en sexto. La gran mayoría pasaba solamente dos años en las escuelas, por más soberbias que fueran. Por otra parte, la municipalidad tuvo a su cargo seis espacios abiertos, entre lugares de recreación, de enaltecimiento patriótico (estatuas de próceres), y mercado. El autor no menciona ningún otro lugar de convivialidad: ¿un café hubiese sido demasiado moderno en la Jerez de los años 1900?

Carlos Lira no pierde de vista que esa modernidad —relativa— queda enmarcada en una tradición que hasta cierto punto da pautas, incluso en términos de urbanismo y arquitectura. La necesaria interpenetración entre vida rural y urbana, explica el tamaño irregular, dilatado, de la mayoría del centenar de manzanas de

la ciudad: trojes, caballerizas, huertas (había 22 dentro de la traza, por 1900), cobertizos, siguen formando parte de la realidad urbana. Es cierto que se multiplican, en algunos bajos, tiendas y edificios industriales (tenerías y obrajes), la parte habitacional ocupa los altos. La necesidad de tener en este ambiente semirrural “una falsa puerta” trasera hace que las manzanas estén alargadas (muy pocas son cuadradas), y que, por lo mismo, se busque la orientación solar: las tres cuartas partes miran al oeste o al este.

Muchas familias dueñas de haciendas viven en la ciudad, e imponen su sello: sus productos dan vida a la industria de la ciudad (cuero y madera), sirven de base a su comercio. Se convierten en comerciantes, transportistas, o se alían con ellos. Actividades múltiples, edificios complejos y variados. De ahí las características de las casas de Jerez, algunas son epónimas de sus fundadores, las grandes familias Escobedo, Sánchez Castellanos e Inganzo; otras mansiones son más modestas, anónimas, pero igualmente representativas de un latir, de un arte de vivir, de manera colectiva compartido por todos, y que todos tratan de reflejar en su entorno (de vida o de muerte).

Hasta aquí seguimos la demostración sin mayor dificultad, aunque, lo confesamos, no sin a veces alguna reserva: no se ve siempre con mucha claridad el carácter pujante del auge económico (y social) que de repente transforma la comunidad, dándole medios y energía renovada. Todo esto existe sin duda, pero la laguna documental, tal vez también los límites del análisis —no básicamente económico— le restan fuerza al conjunto. ¿Cuál es el costo de todas estas realizaciones? Que los prisioneros hayan trabajado en la obra de la escuela de niñas no garantiza un abaratamiento significativo. Carecían de capacitación, y por lo demás sabemos que eran poco numerosos. ¿Quién pagó? Sospecho que fue la explotación del campo (Jerez disponía de 81% de los ingresos de su partido): con esto el carácter “popular” del eclecticismo de Jerez revela sus limitaciones.

La articulación entre la demostración económico-social, anteriormente señalada, y la que sigue —una adhesión colectiva y consciente, a un estilo arquitectónico expresión de las aspiraciones recién nacidas— implica toda una serie de perspectivas “voluntaristas” que la historia no percibe fácilmente —o sobre las cuales suele tener dudas. Carlos Lira hubiera tenido que insistir todavía más en algunos aspectos materiales que hubieran dado mayor peso a la segunda parte de la demostración, magnífica en su desarrollo, frágil en algunas raíces.

Por raíces entendemos la capacidad para movilizar, en un arte tan acabado, medios humanos tan restringidos como los de Jerez entonces: sabemos de maestros de obras, de canteros, de albañiles, pero ¿hubo algún auténtico arquitecto? Uno de los mejores hombres del arte fue el cantero Dámaso Muñetón: fue el artífice de la casa renacentista de los Sánchez Castellanos, uno de los principales edificios neogóticos de la ciudad, probablemente de la ecléctica fábrica de cigarros La Nacional. ¿Dónde pudo aprender tanto? ¿Se le puede llamar un simple artesano? Bueno, podemos aceptar su genialidad personal; ¿pero se podrá decir lo mismo de toda una comunidad? En cierta forma, así lo piensa el autor cuando escribe: “un eclecticismo *asumido conscientemente* por los jerezanos y decantado por su sensibilidad y *carácter práctico*” (p. 171) [subrayado mío]. En otras palabras hay que asumir cierto aprendizaje, y gran capacidad para adaptarse, de manera flexible, a lo preexistente. Es lo que ya escribió Carlos Lira en otra parte: no sólo “un gran conocimiento y comprensión de las formas artísticas del pasado, sino también una inmensa creatividad y sensibilidad” (p. 111).

Y aquí nos podemos apoyar sobre el desarrollo por el autor, espléndido, del programa ecléctico en Jerez, y llegar a conclusiones matizadas. En realidad esto es un estilo muy de fachada, que por nada interviene en la organización interna de la casa: zaguán, patio, corral, cuartos y caballeriza, siguen estando presentes, como en

tiempos de la colonia. ¿La modernidad? Únicamente se encontraron dos excusados y un baño en el centenar de casas estudiadas.

¿A qué corresponde la fachada ecléctica en el Jerez porfiriano? Si descartamos algunos edificios excepcionales de la élite, de estilo predominantemente renacentista o neogótico, y por lo tanto ni “popular”, ni plenamente dentro del eclecticismo, las características de las fachadas se limitan a tres elementos: la desnudez del paramento, la verticalidad y ornamentación del enmarcamiento de los vanos y la presencia de imponentes cornisas (p. 167). Surge una pregunta: ¿qué queda de esa fachada ecléctica si quitamos las palabras “ornamentación” e “imponentes”?, pues una fachada colonial. Dicho de otra manera, el eclecticismo es un arte de decoración, de cantero y de artista más que de arquitecto. Había muy buenas manos entonces en Jerez, que supieron unir todas las enseñanzas y todos los instrumentos del arte — desde pilastras y obeliscos hasta modestos bajorrelieves— para individualizar, enriquecer, dignificar y jerarquizar, sin rupturas, el armazón común heredado del pasado.

Así se entiende la adhesión consciente de toda la colectividad a este estilo tan plástico. Y esto aun en la muerte: el capítulo dedicado al cementerio de Dolores resulta sumamente novedoso para la historiografía mexicana. No únicamente por sus conclusiones: la serenidad y la armonía algo alejadas de las manifestaciones religiosas acompañaron a los jerezanos también en el otro mundo; la ciudad de los muertos, tampoco jerarquizó el espacio: alternan mausoleos sobrecogedores y humildes tumbas. En esta parte también se encuentran aportaciones metodológicas de interés, en particular, tratándose de los epitafios. Hay un acercamiento, pero demasiado tímido, al problema de la relación entre la fecha de defunción y la de construcción del edificio funerario. Queda sobre todo el gran interrogante del significado de esta “secularización” del jerezano, tanto en la vida como en la muerte: ¿alejamiento de lo religioso? Otra interpretación es posible por medio

de la lectura de *Pueblo en vilo*, o de *Al filo del agua*, que tratan de ambientes geográficos y humanos no muy lejanos, describen una religión interiorizada, no un universo profano.

Otra —y última— pregunta, a la que la obra no da respuesta clara: si efectivamente el eclecticismo en Jerez fue una adhesión, y no una moda extranjerizante, ¿esto significa que tal moda —entre manos de la élite— no se dio en la ciudad? Por supuesto pensamos aquí en la arquitectura metálica, de origen francés, tan presente en la Zacatecas porfiriana. Por accidente, casi nos enteramos de que dos de los edificios más complejos de Jerez participan de esta modernidad en sus estructuras: el teatro Hinojosa, ya mencionado, y el portal Humboldt. ¿Hubo otros más?

¿Qué desear, como conclusión? Que otros estudios se apoyen en éste, y nos proporcionen los puntos necesarios de comparación, sin los cuales una obra como ésta permanecerá, en parte, inconclusa. Esto no desvirtúa en lo más mínimo esta obra elegante, pionera y seminal.

Thomas Calvo

Université de Paris X-Nanterre

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y JUAN FRANCISCO FUENTES (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, 772 pp. ISBN: 84-206-8603-4

UN DICCIONARIO DIFERENTE

La historia de los conceptos (*Begriffsgechichte*) — surgida en Alemania cuando H. G. Gadamer decidió “disolver” la filosofía en la historia de la filosofía, H. R. Jauss hizo lo mismo con la literatura y R. Koselleck con la historia — ha sido puesta en operación